

Pregón Corpus Torrijos 2021

Agradezco de corazón la invitación que me han hecho D. Federico, párroco de esta iglesia colegiata del Santísimo Sacramento, y la Archicofradía Sacramental de esta villa de Torrijos.

Su presidente me pidió que viniera a celebrar estas vísperas de la solemnidad del Corpus Christi “como un torrijeño más”. Y así deseo hacerlo, asociándome a vuestra adhesión de fe y a vuestra acción de gracias por el gran misterio de la Eucaristía. Sí, “como un torrijeño más”, pues, todo el que tenga a la Eucaristía como “fuente y culmen de la vida cristiana” no puede dejar de mirar a esta villa como referente de amor y devoción al Santísimo Sacramento.

Si indagamos en la historia de las parroquias de la diócesis de Toledo e incluso de toda España, asistimos, a finales del s. XVI y durante todo el siglo XVII, al surgimiento y a la rápida proliferación de cofradías dedicadas a fomentar el culto y la honra que merece el Santísimo Sacramento y, a su vez, la atención a los pobres y necesitados.

La fuerza motriz de este movimiento eucarístico y caritativo es, sin lugar a dudas, la que el Papa Julio II llamó “la loca del Sacramento”, mujer noble en todos los sentidos, Dña. Teresa Enríquez, de quien la Iglesia todavía no ha dicho la última palabra (esperamos y pedimos que llegue pronto tan gozoso y merecido día).

Su fe y su devoción a la Eucaristía no conocía límites:

- Enriqueció todo lo que rodea externamente el culto de este Sacramento con la donación de sus bienes y de sus ropas: todo se le hacía poco para honrar la presencia de Dios en el Santísimo Sacramento.
- Propagó la devoción eucarística mediante la fundación de cofradías y conventos: este año estamos celebrando el 525 aniversario de la fundación del monasterio de la Inmaculada Concepción de esta villa.
- Su fe eucarística alcanzó su madurez en la caridad, mediante sus proverbiales obras de misericordia y la institución de colegios y hospitales. En estos últimos, ella misma, con sus propias manos, repartía el pan a los pobres y curaba las heridas de los enfermos.

La sierva de Dios no sólo tuvo una profunda devoción a la Eucaristía, sino que hizo de su vida una Eucaristía para los demás.

Su memoria permanece viva e inalterable, pese al paso de los siglos. Su recuerdo nos debe espolear a nosotros hoy. Si la Eucaristía cautivó y polarizó la vida de Dña. Teresa Enríquez, si ha dado tantos frutos de santidad, de caridad y de vocaciones en la historia y en la vida de la Iglesia, ¿por qué ahora no habría de ser también así? La fuente no se ha secado:

- A raudales siguen manando aún hoy los ríos de agua viva que, desde el Sagrario, llegan hasta nosotros.
- A nuestra disposición está este manantial de gracia, de piedad y de amor.

Redescubramos este tesoro de vida, de alegría y de regeneración que tenemos en nuestras parroquias. Para ello, os invito en esta noche a recorrer cuatro pasos que puedan ayudarnos a introducirnos, un poco más si cabe, en la espesura de este inefable misterio:

- a) En primer lugar, os invito a mirar la Eucaristía. Debemos partir de los sentidos. Es el primer paso que nosotros, hombres de carne y hueso,

debemos dar. Centremos nuestros ojos en ella. Su apariencia sencilla, silente, está rodeada siempre de una misteriosa majestad. ¿Qué ven nuestros ojos en la Eucaristía? Un poco de pan, un poco de vino. ¿Qué tocan nuestras manos en ella? Un poco de pan, un poco de vino. Si lo olemos, ¿qué olor distinguimos? Un poco de pan, un poco de vino. Si lo comemos, ¿qué percibe nuestro gusto? Un poco de pan, un poco de vino. Sólo un sentido nos pone sobre la verdadera pista del misterio: el oído, pues, como nos dice S. Pablo, “la fe entra por el oído”: “*Esto es mi Cuerpo..., ésta es mi Sangre*”. El oído nos dice que algo nuevo ha sucedido en estas realidades tan cotidianas y elementales para el hombre: lo que veneramos no es un poco de pan y un poco de vino. Tras las palabras del sacerdote, pronunciadas sobre el pan y sobre el vino en persona de Cristo, el pan deja de ser pan y se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino deja de ser vino para transformarse en su Sangre.

b) Por ello, el oído nos invita a dar un paso más: de mirar la Eucaristía a admirar la Eucaristía. Éste es uno de los adjetivos que en las oraciones de esta fiesta intenta calificar este inefable misterio: “*Oh Dios que en este sacramento admirable*”. La admiración es el paso que da un niño cuando está ante una realidad que considera siempre más grande de lo que él puede comprender e imaginar. Los sentidos sólo captan la superficie de la realidad, la capacidad de admiración va más allá. ¿Qué se esconde tras la Eucaristía? Una riqueza insospechada e inabarcable:

- La Eucaristía es banquete. Es el primer fin para el que fue instituida: “*Tomad, comed... Tomad, bebed*”. La Eucaristía fue instituida para ser comida y para ser bebida. La comida y la bebida sostienen nuestras fuerzas y nos dan vida, a la vez que el compartirla significa y crea comunión. Así es a nivel humano. Y así también ha querido Dios que fuera a nivel sobrenatural: la Eucaristía es el viático que alimenta y sostiene nuestra alma en el camino de la vida. Y, a la vez, nos une en alianza con Dios: aquí el mismo Dios se hace alimento que, al consumirlo, no se transforma en sustancia nuestra, sino que es Él quien nos hace partícipes de su vida divina, introduciéndonos en la mayor unión que en esta vida mortal podemos tener con Dios y con los hermanos, pregonando así, aun en sombras, la comunión del cielo.
- La Eucaristía es también presencia: “*Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre*”. Aquí cumple Jesús el significado del título regio “Emmanuel” (Dios-con-nosotros); aquí realiza, de modo nunca imaginado, su promesa: “*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*”
 - El que el cielo y la tierra no pueden contener ha querido quedarse sacramentalmente bajo las apariencias del pan y del vino.
 - “*El amor que mueve el sol y las otras estrellas*” ha querido ponerse en nuestras pobres manos para ser llevado y traído a todos.
 - El que es guía y meta de todo el universo ha querido ponerse a merced de la voluntad humana, para atraernos a Él, no a la fuerza, sino con lazos de amor.
- Y, finalmente, la Eucaristía es sacrificio: “*mi Cuerpo que se entrega por vosotros... mi sangre que se derrama por vosotros.*” En cada Eucaristía, en cada altar de nuestras parroquias, desde la más hermosa catedral hasta la

más sencilla capilla, Jesús renueva su oblación al Padre y su amor redentor por la salvación de los hombres. Cada día, por ministerio de los sacerdotes, los altares se transforman en Calvario y el Calvario se transforma en Eucaristía.

¿Cómo no admirarse ante la profundidad de tamaño misterio? Y, sin embargo, asistimos, en la actualidad, por desgracia, al desvanecimiento generalizado del sentido de lo sagrado, a la desaparición de la conciencia de estar ante la presencia única, substancial, de Dios en la Eucaristía cuando se entra en las iglesias o capillas, a la pérdida del silencio y del respeto que merecen estos lugares sagrados. Nosotros hemos de ser los primeros que, con nuestro testimonio, con nuestros gestos y nuestro modo de ser y de estar, reclamemos la sacralidad de estos espacios habitados por la presencia sacramental de Cristo.

c) Por eso, nuestro amor y admiración por la Eucaristía debe abrirse al movimiento de la adoración.

- La adoración expresa la verdad de lo que somos: criaturas necesitadas de Dios que encuentran en Él su perfección.
- Y la adoración es el mejor acto de evangelización que podemos hacer, pues nuestra postración habla a los demás de que “Dios está aquí”.

Tengo un recuerdo de mi infancia que me ha marcado de por vida: cuando era monaguillo, después de recoger todo, esperaba al sacerdote en la puerta, pero dentro de la parroquia, mientras él apagaba todas las luces desde la sacristía. Desde allí podía ver cómo, una vez hecho todo esto, con toda la iglesia en penumbras, mi párroco, al que yo consideraba la persona más importante del pueblo, se arrodillaba ante el Sagrario y allí, con la cabeza inclinada, oraba y adoraba unos minutos. Y yo, con la ingenuidad de un niño, pensaba: *“Si mi párroco que es el más grande e importante del pueblo se arrodilla ante el Sagrario, cuánto más grande e importante será quien está en el Sagrario!”* ¡Feliz y dichoso momento del que sólo yo era testigo, que me enseñó más que cualquier clase de Eucaristía y que ha marcado ya para siempre mi vida de fe, mi vocación y mi comprensión de la persona del sacerdote! Por eso, no tengamos vergüenza de hincar nuestras rodillas ante el Santísimo Sacramento, no escatimemos el tiempo de estar con Él. No es tiempo perdido. Adorarlo nos introduce en el amor de Cristo, nos ayuda a permanecer y vivir de él. La etimología del verbo “adorar” hace referencia, precisamente, al beso, al abrazo propio de un encuentro, de una relación de amor: Él ha querido quedarse aquí por nosotros, por puro amor a nosotros. Y aquí nos busca, nos espera y reclama nuestro amor.

d) Mirar, admirar, adorar... ¡y, finalmente, imitar! Éste ha de ser nuestro cuarto paso: de la adoración debemos pasar a la imitación. La Eucaristía no termina con la despedida del Sacerdote, sino que la Misa termina en la misión, en imitar lo que hemos vivido. *“Os he dado ejemplo para que lo yo he hecho con vosotros, también vosotros lo hagáis.”* *“Ite, missa est”*: así terminaba la Misa cuando se celebraba en latín: *“id, la víctima ha sido enviada”*. *“Id. También vosotros sois enviados, transformados ya por la Eucaristía”*, también vosotros sois enviados a ser Eucaristía. Somos lo que comemos, por esto también a nosotros se nos pide ser:

- Si sacramento de la fe es la Eucaristía, también nosotros debemos ser sacramentos de Dios en nuestro mundo de hoy: signos que conduzcan los corazones de los demás al Corazón de Dios.
- Si presencia de Cristo es la Eucaristía, también nosotros debemos ser presencia de Cristo junto a los demás, especialmente junto a los que sufren, los enfermos, los ancianos, los que viven solos...
- Si sacrificio es la Eucaristía, también nosotros debemos hacer de nuestra vida una entrega de cuanto somos, tenemos y hacemos por el bien de nuestras familias, de la Iglesia y del mundo.
- Si banquete de comunión es la Eucaristía, nuestra devoción y participación en ella ha de movernos a un mayor compromiso, a partimos y repartimos a los demás, a dar nuestro tiempo, nuestras cualidades y nuestra alegría..., siendo siempre instrumentos de comunión donde vivamos y en nuestra parroquia.

Así pues, siguiendo la estela de Dña. Teresa Enríquez que vivía, vibraba y cantaba ante la Eucaristía, también ahora, ¡viva Torrijos, vibre Torrijos, cante Torrijos!:

*Salve, Verdadero Cuerpo,
nacido de la Virgen María,
verdaderamente sacrificado,
inmolado en la cruz por la humanidad,
de cuyo costado traspasado
fluyó agua y sangre.
Sé para nosotros un anticipo del cielo
en el trance de la muerte
Oh dulce Jesús, oh piadoso Jesús,
oh Jesús, hijo de la Virgen María.*